TIEMPO DE ATARSE LOS MACHOS

José Luis Baños Vegas

TIEMPO DE ATARSE LOS MACHOS

José Luis Baños Vegas

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
©José Luis Baños Vegas, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño de portada: Guillermo Baños Ruiz
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-39-6
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-18666-2023

A Guiller

La tontería es mucho más fascinante
que la inteligencia.
La inteligencia tiene límites, la tontería no.

Claude Chabrol

Atarse los machos

('Prepararse para una acción dificultosa')
También se dice «apretar» o «ajustarse» los machos.
La expresión viene de la tauromaquia. Los machos son los cordones que sujetan el calzón del torero por debajo de la taleguilla. La acción de atarse los machos es la de terminar de vestirse el torero, un rito que predispone al momento de la verdad.

(*La Lengua viva*, Amando de Miguel)

1.

El Garito del Hermano Prior

En el Garito del Hermano Prior, un pub reconvertido en club de fumadores selectos desde la promulgación de la ley antitabaco, fuma hierba de la buena hasta el gato. Nada más abrirte la puerta Martín, alias «Suasi» (un armario ropero con piernas que, además de parecer un clon de Suaseneguer, hace las veces de portero cancerbero y siempre te mira con la misma cara de mala hostia aunque te conozca de toda la vida), da la impresión de que uno está adentrándose en medio de una niebla espesa e intensamente olorosa en nada parecida a la que cubre la mugre de los habitantes de la pérfida Albión.

Durante el corto trayecto hasta llegar a la barra, uno va tropezándose con gran variedad de bultos animados, todos ellos supuestamente encuadrados en esa variopinta categoría denominada «bípedos con raciocinio». Estos seres animados, con sus espasmódicos y retorcidos movimientos de tronco y extremidades, siempre me han recordado a los figurantes casposos que

aparecen en alguna de esas películas de serie B; donde legiones enteras de seres no-enteros de ultratumba intentan cercenar de cuajo las pelotillas a los humanos con el fin de hacerse dueños absolutos del planeta Tierra.

Melquiades Enrique («Melquike» para los amigos y allegados), dueño disoluto y absoluto del antro en cuestión y sumo sacerdote de esa caterva de zombis tocapelotas, te espera detrás de la barra con su intenso tufo a pachulí (un olor que ni la marihuana puede disimular), su melena aleonada y un enorme caliqueño, preñado de maría, entre los labios.

—Hola Melquike —saludo.

—¿Qué es de tu vida, Mac? Últimamente no se te ve el pelo —contesta Melquike.

—Es que estoy más liado que una alfombra persa.

—Lo que indica que tu velero bergantín del curro va viento en popa y a toda vela.

—Que es mi curro mi tesoro. Que es mi dios poder cobrar. Mi ley, la fuerza del sustento. Mi única patria…

—¡Ya es suficiente, Mac!

—Sabes de sobra que la *Canción del investigador privado desarrapado*, de Pepe de Espron-ceda-el-paso, ha sido siempre una de mis debilidades.

—Pero piensa que mis clientes, gente materialista en su mayoría, no son dignos de apreciar tus innatas dotes poéticas.

—¡Pues peor para ellos!

Melquike coge un ancho vaso de cristal y, tras echar en él varios cubitos, lo llena de güisqui. Luego me lo pasa y dice:

—Aquí tienes, Mac. No me negarás que tienes para unos buenos lingotazos.

—A ti no puedo negarte nada cuando me sirves mi alpiste preferido.

Una joven pareja, más colgada que un cuatrero pillado in fraganti en el rancho del viejo Lonnigan, espera en el otro extremo de la barra. Melquike me hace un ligero gesto con la cabeza y se dirige sin demasiada prisa hacia ellos. Segundos después, alguien me da una suave palmada en la espalda y, al volverme, distingo a un joven con cara de pánfilo y más delgado que el espíritu de la golosina, que me ofrece, en plan confidencial y coleguilla, una cajita llena de pastillitas de variados colores. Le digo que ya no tengo edad para chupar Lacasitos y doy un buen lingotazo de güisqui mientras el joven se aleja con movimientos que parecen sacados del baile de san Vito. La música que vomitan los altavoces es nauseabunda, sobre todo cuando entre machacones ritmos electrónicos comienzan a sonar unos tantanes lejanos que me recuerdan al cachas de Güismuler, haciendo de Tarzán, y a la mona Chita, una verdadera monada últimamente algo anchita, haciendo de mona Chita. Melquike, que ha visto mi cara de espanto desde el otro lado de la barra, se me acerca con una sonrisa de oreja a oreja y exclama:

—¡Joder, Mac! ¡Ni que hubieses visto al mismísimo Lucifer!

—No lo he visto, pero creo que lo estoy oyendo berrear.

—Esta mierda de música la puso Efraín antes de salir zumbando hace un rato hacia el hospital.

—¿Qué le ha pasado?

—A él nada, pero a su viejo unos tipos armados con bates de béisbol le han dado una buena zurra en el parque de la iglesia, cerca de tu apartamento —dijo Melquike, para continuar—: ¿Qué te parece si pongo música de la buena?

—Te lo agradecería por los siglos de los siglos y de los siglos.

—Amén y amén.

Poco después comienzan a sonar los primeros acordes del tema *Hey Joe*, de Jimi Hendrix, y los bultos con forma antropomorfa, que deambulan como zombis por el local, aceleran sus movimientos de reo en pleno proceso de estar siendo interrogado y chamuscado por unos amables carceleros que antes han tenido la deferencia de conectarle a sus pelotas dos cables eléctricos de alto amperaje.

De vez en cuando dejo caer mis huesos por este garito de mala muerte porque, en primer lugar, conozco a Melquike desde los lejanos y alegres tiempos de la EGB (Escuadrones de Gandules y Burros); ciclo de estudios que, si la memoria no me falla, se completaba con los tres cursos del BUP (Burros Unificados Polivalentes). Años más tarde todo esto sería sustituido —por cierto: sin mucho acierto— por la ESO (Equipos de Solípedos Obligados); lo que demuestra de forma fehaciente que aun cuando los tiempos y las leyes de educación cambian a capricho de los políticos de turno, las nuevas generaciones de alumnos no lo hacen al mismo ritmo, puesto que estas siguen contando entre sus selectas filas con el mismo número de borricos. En segundo lugar, me apetece venir a este tugurio porque Melquike siempre me invita a una segunda copa, detalle muy importante si tenemos en cuenta que la economía del menda no está incluida en esa categoría denominada boyante. Y, en tercer lugar, porque si no estás muy acostumbrado a visitar este antro y llegas a él a una hora prudencial —digamos, por ejemplo, a eso de las dos o tres de la madrugada—, los restos de marihuana que han espirado un montón de pulmones y que desde primera hora de la noche permanecen flotando en el ambiente como neblina en la laguna o *Smoke on the water* que dirían los legendarios Deep

Purple, te hacen coger un colocón que te avía para toda la noche y, lo mejor de todo, sin desembolsar ni un mísero céntimo de euro. Solo tienes que inspirar entre trago y trago el oxígeno viciado del interior de este garito y tus órganos respiratorios principales ya se encargan por sí solos de acumular el suficiente alucinógeno en la sangre como para no tener que preocuparte de otras menudencias.

Después de escuchar unas cuantas canciones de música de verdad y beber de gañote otro güisqui, intento despedirme de Melquike; pero la barra se ha llenado de repente de clientes y mi buen amigo está demasiado ocupado sirviendo copas a troche y moche. A duras penas me abro paso entre todos ellos y, sin saber el porqué, me viene a la mente la inquietante imagen de Hannibal Lecter, el Caníbal, el protagonista glotón de *El silencio de los ovejos*, e imagino a este cínico amante de platos exóticos haciendo estragos aquí dentro; cercenando gaznates, riñones, higadillos y demás órganos humanos que, en este caso concreto, a él le valdrían como ingredientes culinarios de primerísima calidad por encontrarse todos ellos aromatizados con hierba de la buena.

Junto a la sólida puerta del local le digo «Au revoir» ('Hasta la vista' en gabacho) al Suasi, el cual permanece con los brazos cruzados en actitud expectante, como de pitbull terrier a punto de despedazar a mordiscos a su incauta presa y luego comérsela de aperitivo de igual manera que lo haría el letal *gourmet* Aníbal el Caníbal con cualquier mortal que se interpusiera en su camino de antropofagia.

A esas horas de la madrugada la avenida de los Reyes Catódicos (alguien pintó con pintura azul, en el cartel con el nombre de la calle, una letra «d» encima de la «l» de la palabra Católicos) se encuentra más oscura de lo habitual. Parece ser que

la denominada sequía severa —antes conocida como pertinaz sequía— está motivando que las autoridades, en su anhelo por ahorrar energía, disminuyan considerablemente la potencia eléctrica y por ello las luminarias de la ciudad alumbren menos que la vela con que el cínico Diógenes buscaba, en pleno día, un solo hombre por las concurridas calles de Atenas.

Con el alcohol corriendo a galope tendido por mis venas y el humo inhalado de la marihuana haciendo estragos en mi cerebro, el camino hasta mi apartamento parece más bien la senda de Alicia en el país de las maravillas alucinógenas. Es como si me encontrara montado en una nube blanquecina que, a ras de suelo, se desplaza a cámara lenta por la avenida de los Reyes Católicos. Mientras mis pies, más livianos que la pluma de un joven polluelo de colibrí, saltan de baldosa en baldosa con la armonía propia de un bailarín del ballet nacional de Mozambique, mi mente, rebuscando entre los escasos conocimientos aritméticos que aprendí de niño, va contando los saltos: «uno, dos, tres, cuatro… veinticuatro… ciento ocho… *chiquicientosmil*...».

Mis ojos, aún rojos e irritados por la neblina aromática que invadía el Garito del Hermano Prior, ahora miran hacia el suelo embaldosado y mi cerebral cerebelo sigue a lo suyo intentando descifrar lo indescifrable. «¡Qué bonitas son las ciudades!, repletas de mortíferos bordillos, aceras asesinas, baldosas-trampa despegadas del suelo y tugurios como el de mi buen amigo Melquike», digo sin demasiado tiento para mis adentros. Ahora pienso en el campo, en los tábanos y mosquitos, en los peligrosos alacranes, en el hediondo olor de vacas y ovejas, en las diarreas permanentes de gallos, polluelos y demás aves gallináceas. Y entonces se me ocurre un brillante pensamiento, una de esas ideas que, posiblemente, a nadie más se le haya ocurrido hasta

el día de hoy: «¡Es preciso asfaltar el campo! Empezando, claro está, por las montañas».

Llegando cerca de la iglesia de San Pancracio y Santa Leocadia, una colosal edificación del Medievo que domina todo este barrio y gran parte de la ciudad, un potente relámpago ilumina la avenida de los Reyes Católicos y comienzan a caer las primeras gotas de lluvia («¡Ay la lluvia, ese anfiteatro mojado de los hombres calados hasta los mismos huesos!», que dijo no sé quién cierto día sin duda lluvioso de narices y, posiblemente, después de meterse varios lingotazos de cazalla de Cazalla). Por un momento pienso que todo lo más que pueda sucederme es que me moje, que me empape bien empapado, quizá arriesgarme a coger un catarro o, como mucho, una traicionera neumonía que acabe irremediablemente con mi existencia sedentaria para convertirme irremediablemente en sedimento puro y duro; menudencias que acontecen en este anfiteatro mojado de la vida, en esta empapada tragicomedia de humanos con empanada mental.

Las finas gotas de lluvia han cambiado de tamaño y ahora son como huevos de codorniz que impactan contra todo lo que encuentran a su paso, yo incluido porque no puedo excluirme ahora ni aunque quisiera. Intento una rápida carrerilla, pero solo consigo dar un simple paso ligero como en la mili de antes (¡Tenéis que clavar tacón! ¡Y ese pecho fuera! ¿Qué somos: hombres o nenazas?).

Ya en el interior de mi apartamento, que también me sirve de oficina y está situado en la entreplanta del edificio, miro de arriba abajo mi penosa imagen reflejada en el espejo del cuarto de baño y exclamo en voz alta: «¡Manda huevos! Estoy más empapado que el Yors Cluni cuando hacía la cabra con el barco en aquella aburrida e imperfecta película titulada *La tormenta perfecta*». Antes

de quitarme la ropa mojada, me sirvo unos dedos de güisqui con hielo, que saboreo lentamente después de secarme el pelo con la toalla. Una vez que me pongo el pijama —una especie de kimono oriental con un gran Piolín bordado en azul y amarillo— me doy cuenta de que, aunque son más de las tres de la mañana, aún no me atrae la idea de dejar que mi cuerpo serrano se lance de bruces sobre la piltra de mi habitación.

Dejo encendida la luz del flexo del salón y salgo al pequeño balcón metálico que mira hacia el parque contiguo a la iglesia de San Pancracio y Santa Leocadia. Como en anteriores ocasiones, el olor de la ciudad mojada me causa una sensación agradable; tal vez se deba a algún tipo de trauma que tuve cuando yo solo era un tierno infante, allá en mi infancia. Por un momento, la luna se asoma entre los nubarrones tormentosos que cubren el cielo y sus débiles rayos dibujan difusamente en la noche el contorno de las edificaciones que rodean el parque, sobre todo el de la mencionada iglesia y también el del edificio contiguo a ella, una casa de dos plantas, en pésimo estado de conservación, que hace algunos años sirvió de residencia habitual a los párrocos de la ciudad, y que en la actualidad se encuentra deshabitada.

Antes de que el único satélite natural del planeta Tierra vuelva a escaquearse tras las nubes, dirijo la mirada hacia el interior del parque, pero solo consigo distinguir el suave movimiento de las ramas de los árboles que el viento ha comenzado a mecer a su merced. Pienso en el padre de Efraín y en la paliza que, según me comentó mi buen amigo Melquike, unos energúmenos, armados con bates de béisbol, le propinaron en esa misma zona de la ciudad. Aún recuerdo que en el internado de frailes, donde estudié de niño, me enseñaron que lo de pegar al prójimo era, además de poco cristiano, una costumbre muy fea desde que

Caín zurrara a Abel con una quijada de burro. Pero hoy, con la experiencia de un cuarentón, añadiría un importante matiz a esas sabias enseñanzas de las hordas frailunas: peor costumbre es zurrar al prójimo utilizando instrumentos propios de deportes extranjeros, sobre todo cuando pueden emplearse otros que, además de más manejables y mucho menos peligrosos, están relacionados directamente con cualquiera de nuestros juegos autóctonos como, por ejemplo, un naipe con la sota de bastos o el caballo de espadas. Seguramente, si aquellos desalmados, en vez de atizarle al padre de Efraín con bates de béisbol lo hubieran hecho con una de las cartas de la baraja española elegida al azar tras barajar como es costumbre entre los jugadores de naipes, ahora casi nadie se acordaría de la paliza en sí ni de la madre que parió a los agresores y solo sería una graciosa anécdota urbana de las muchas que, todavía hoy, circulan por doquier. Incluso si la somanta con la carta en cuestión se perpetrase después de cantar las veinte o las cuarenta en bastos, podría dar lugar a un nuevo juego de naipes al que todo buen patriota querría apuntarse para soltar toda la mala leche acumulada en el curre durante la semana y, lo más importante de todo, sin causar ni el más mínimo daño a la persona objeto de la zurra.

Observo de nuevo el frágil reflejo de la luna y me viene a la mente aquel magistral disco de Pink Floyd titulado *The dark side of the moon*. Sin pensármelo dos veces, entro en el apartamento y, tras sacar de su madriguera de metacrilato el susodicho disco compacto, lo introduzco en la moderna minicadena del salón. Segundos después comienza a sonar el tema «Speak to Me» y me da un subidón de adrenalina de tres pares de narices. Salgo de nuevo al balcón, pero ahora el viento ha incrementado considerablemente su intensidad y mi pijama es demasiado fino para

que pueda protegerme del relente de la madrugada. Cuando me dispongo a ir en busca de una prenda de más abrigo, me doy cuenta de que, cerca del parque, se enciende una luz que distingo a duras penas entre los listones de la persiana que cubre aquella ventana. Al principio pienso en lo desigual repartido que está este cochino mundo; ya que unos se levantan a esas intempestivas horas para currelar como chinos, mientras que otros no nos hemos acostado todavía. Pero luego opino que la culpa de todos estos desajustes sociales la tienen el capitalismo salvaje, la pérfida globalización y, por supuesto, los políticos trepas de turno a quienes eso del interés general y el bien común les suena a sumerio mezclado con arameo. Y es que la política, según el gran filósofo Marx (me refiero a Groucho, no al que escribió *el Capital*), es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después las medidas equivocadas. Porque, al fin y al cabo, quién puede dudar hoy en día de que la política en general está totalmente desacreditada si hasta a las suegras se las llama madres políticas.

El movimiento de aquella persiana ha dejado al descubierto una ventana que proyecta una tenue luz rojiza hacia las sombras de la noche y por la que poco después se asoma alguien que tiene una cabeza en verdad descomunal. Distingo que ese ser o ente viviente (por llamarlo de alguna manera consecuente) enciende un cigarrillo. Como no es aconsejable que, ante tanta prohibición de la autoridad de turno, la gente fume sola a las tantas de la madrugada mientras se apoya en el alfeizar de una ventana, entro rápidamente en mi apartamento y, después de encender un Celtas largo y dar una larga calada, salgo de nuevo al balcón para solidarizarme con aquel ser lejano y cabezón.